

# Biblioteca-Films

Núm.  
358

## El Gato Salvaje

25  
CTS.



# BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:  
VALENCIA, 284 - APARTADO 707  
Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16  
BARCELONA

AÑO VII APARECE LOS MARTES Núm. 758

...

## El Gato Salvaje

Narración literaria en forma de novela  
de la interesante comedia del Oeste  
interpretada por el coloso caballista

**TOM MIX**

Versión novelesca de A. Montenegro



Exclusivas FOX FILMS, S. A. E.

Valencia, 280 — BARCELONA

REPARTO

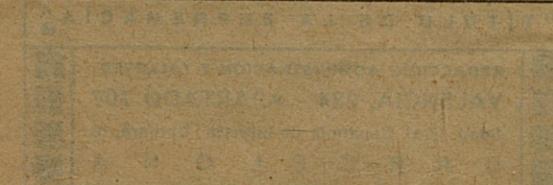
Tom Felán

Virginia

TOM MIX

Dorothy Sebastian

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

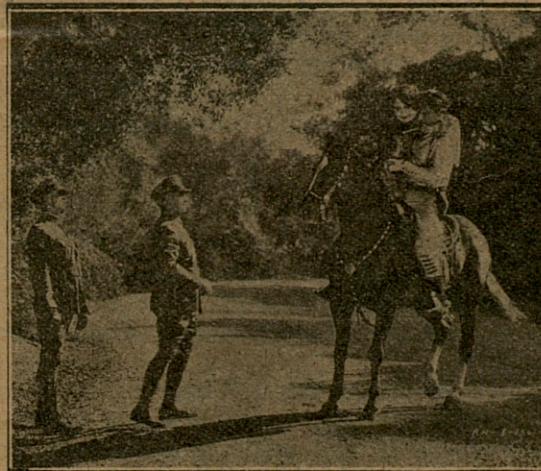


I

En el Oeste, en las amplias praderas del Arizona, donde la naturaleza henchida de savia, da a los seres el vigor de sus entrañas, Tom Felañ, que a los tres años sus compañeros le llamaban "El Cardito", a los cinco "El Terrible Tom" y a los diez "El Gato Salvaje", vivía satisfecho, lleno de ilusiones, esperando ser mozo, para que su libertad pudiera traspasar los límites del desierto.

No obstante, en el momento en que lo presentamos a nuestros lectores, sentíase feliz. Virginia Scheler, una de esas muñequitas que se meten en el corazón de los hombres y a las que se hace imposible olvidar, se hallaba en el rancho de Tom, disfrutando de las caricias de la naturaleza.

Tom, entonces, era muy feliz. La pequeñita amiga le acompañaba en sus correrías de intrépido mozarbete y haciendo funciones de circo en las que Tom demostraba ya sus ha-



La pequeñita amiga le acompañaba en sus correrías...

bilidades caballísticas. Virginia era la reina de las fiestas, y Tom, satisfechísimo, consiguió granjearse el afecto de su pequeña amiguita, que lo admiraba por su intrepidez, por su arrojo, por la habilidad con que, a pesar de sus delicados puños, dominaba a los caballos.

Pero la alegría de aquellos muchachos, que ya se habían acostumbrado a estar juntos, rompióse un día. Se la llevaban; había de ir

a un colegio donde aprender a ser mujercita y Tom lo sintió en el alma.

—¡Qué pronto me dejas!—le dijo él tiernamente.

—También yo siento irme, Tom—contestaba ella.

—¿Y no nos volveremos a ver?

—¿Por qué no? Si me dejan, yo vendré aquí todos los años, a pasar las vacaciones.

—Y continuaremos jugando a circo y tú siendo siempre la reina, ¿verdad?

—Eso mismo. No te olvidaré, Tom, te lo aseguro.

—Ni yo tampoco a ti, Virginia.

Aquellas dos almas juveniles, que tan estrechamente había unido la naturaleza, se conmovieron en la despedida.

Tom iba a perder la muchachita buena que tan gratos momentos le había hecho pasar. Virginia, el cariñoso amiguito, sincero y bueno, que se había desvivido por complacerla.

—¡Tan valiente como eres, Tom, y pensar que a lo mejor no te veo más!

—¿Por qué dices eso? ¿Es que acaso no piensas venir?

—Yo, sí. Con mucho gusto.

—Pues, entonces...

Y llegó el día de la despedida y cuando Virginia se iba alejando, a oídos de Tom llegó una frase cariñosa:

—Tom, te escribiré todos los...

## II

Con el transcurso de los años, Felan habíase hecho un hombre y su rancho habíase acreditado por la magnificencia de sus caballos.

Tom era ya un hombre hecho y derecho, un bravo *vaquero*, que en vez de apacentar vacas, se sentía orgullosísimo de domar caballos.

“El gato salvaje” le denominaban en los contornos, por su indómita bravura y su agilidad inigualable, y a fe que no exageraban. Jamás un mozo de Arizona había demostrado tanto valor y destreza en el manejo de los caballos y en los deportes.

Su fama como jugador de polo era conocida en Santa Bárbara, en cuyo campo había demostrado su destreza y sus caballos, enseñados para el juego, eran buscados de las más remotas tierras.

Pero no era sólo su destreza y valor lo que había hecho que la gente lo admirase. Tom era noble y bueno como el que más, y

su bolsa hallábase siempre abierta cuando la necesidad le buscaba.

Por él, a una indicación suya, sus hombres se hubieran jugado con satisfacción la vida. Todo le sonreía, era considerado rico, obedecido, temido y, no obstante, no era feliz. En su memoria, un recuerdo de la niñez le atormentaba. Y es que las amigas de Virginia, de la muñequita aquella a quien no había vuelto a ver y de la que jamás había recibido una carta, a pesar de su promesa, le llenaba de pesar.

—¿Se acordaría de él Virginia?

Cuántas veces se había hecho semejante pregunta, y cómo los hechos le respondían negativamente y la tristeza se dibujaba por un momento en su semblante.

El sí que se acordaba de ella. A pesar del tiempo transcurrido, la llevaba enterita en la memoria; pero, ¿cómo sería ahora? ¿Habría crecido mucho?

Roy Sckeler, hermano de Virginia y gran amigo de Tom durante la larga ausencia de su hermana, se hallaba en el rancho de éste, para adquirir caballos de polo.

Tom no pudo más y le preguntó por ella.

—¿La recuerdas? —le preguntó el camarada.

—Como si la estuviese viendo.

—Pues alégrate muchacho, porque Virgi-

nia y Gloria llegarán el sábado. ¡Quién sabe si te reconocerá!

—Yo a ella, te aseguro que la reconocería entre un millón de muchachas. ¡Apuesto a que no ha cambiado en nada!

—Está muy guapa, te advierto.

—Lo ha sido siempre, Roy.

—Veremos a ver si la reconoces el sábado. Como a Roy le gustaba admirar la destreza de su amigo, todos los días montaban los caballos más cerriles de la hacienda. Los mismos vaqueros se admiraban cada vez que veían al amo dispuesto a cabalgar.

Era algo asombroso, que no podía verse todos los días.

—¡Cómo admiro tu destreza, Tom!

—Vamos, que tú no eres mal jinete.

—No, ya lo sé; pero para saberme tan seguro como tú en la silla, me falta mucho.

Después charlaron de sus cosas, de Virginia. Tom, desde que sabía que iba a volver a verla, no cabía en sí de gozo. ¿Cómo estaría, cómo será ahora Virginia?

—Tengo que jugar en Santa Bárbara mañana —le dijo Roy—. Mi tía y Virginia llegan pasado. Hazte cargo de ellas hasta que yo regrese.

—Pierde cuidado. En mi casa estarán tan bien servidas como en la suya propia. ¿Quieres llevarte a "Buzzard"? —le preguntó, enseñándole un caballo de preciosa estampa.

—No, todavía no.

—“Buzzard” es difícil de domar, pero llegará a ser un gran caballo de polo.

—Sí, es muy fogoso, tan fogoso y testarudo como mi hermana.

A Tom le causó mucha gracia la noticia.

—¿Conque Virginia...?

—¡Uf! Ya lo verás... Es un agradable potrillo salvaje.

La residencia de invierno de la tía de Roy con quien ahora se hallaba Virginia en Santa Bárbara, y la muñequita que Tom conociera, bellísima muchacha ahora, difiere de la pequeña que él conoció como Berlín de Arizona.

Que no le faltaban adoradores, ni qué decir tiene, y uno de ellos, el peor de todos, ya que ocultaba sus afanes de rufián entre una cortesía fingida, era Kalter Van Acker, recién admitido en la alta sociedad por sus proezas en el polo y por su aparente riqueza.

Kalter, en combinación con su hermana, habían tendido las redes para que la incauta muchacha cayera en ellas, y afilaban las uñas ganándose las simpatías de la tía para adueñarse del dinero de los Sckeler.

—Lo mejor será—le decía la hermana al hermano—que te cases con ella. No vaya a ser que se vaya a Arizona y, como es algo antojadiza, vaya a enamorarse de alguno de esos rudos vaqueros.



—¿Te disgustó acaso?

Tía Gloria, que no era muy partidaria de pasar el tiempo en aquellas salvajes soledades, oía las frases de Elena con regocijo. Esta le decía:

—Espero que no permanecerán mucho tiempo en Arizona, ¿verdad doña Gloria? Ya sabe usted cuánto echará de menos Kalter a Virginia.

—Lo sé, hijita, lo sé; pero no pases cuidado. A mí no me gustan esas tierras, te lo

aseguro. Voy por no desairar a mi sobrino, que sino...

—¿Es verdad que a su regreso le comprará a mi hermano las acciones? El me ha dicho que así se lo ha asegurado usted...

—Sí, hijita. Cuando vuelva, ya veremos. Ya sabes que no veo con malos ojos el cariño de Walter hacia mi sobrina.

Pero Virginia, que no tenía grandes ganas de contraer matrimonio, solía responder a las protestas de amor de Kalter con evasivas.

—Una vez más, Virginia—le rogaba éste, —¿quieres casarte conmigo?

—No te precipites, Kalter. No pienso casarme todavía.

—¡Mujer, por Dios! —¿Te disgustó acaso?

—De ninguna manera. Lo que sucede es que todavía no ha llegado el momento de lo que tú quieras.

—Prométeme que no estarás mucho tiempo alejada de mí.

—Te aseguro que, en cuanto me canse, volveré en seguida.

Pero, ¡cómo cambian las cosas, los sentimientos de las personas al adquirir nuevos conocimientos!

Virginia volvía a Arizona alegre, satisfecha. Recuerdos de la niñez, hasta ahora olvidados, iban brotándole de la memoria y sentíase alegre, deseando volver a corretear por

aquellos campos en donde Tom era el héroe y ella la reina.

—¿Cómo estaría su buen amigo? —¿Habrá crecido mucho? —Sería un hombre rudo y mal educado, como suponía a los vaqueros de Arizona?

De verdad que tenía ganas de verle de nuevo. ¡Había sido tan bueno para ella!

Tom se hallaba rebosante de alegría. Había ordenado todos los preparativos para recibir a los huéspedes como correspondía a su posición social, y se había vestido sus mejores galas, para aparecer ante los ojos de su pequeña amiguita lo más elegante posible.

—Tenía unas ganas de verla! Y la hora se acercaba. El tren debía ya hallarse próximo y él todavía sin prepararse. ¡Ah, aquella gente tan poco acostumbrada a hacer cosas extraordinarias!

—Patrón, que este reloj va atrasado. —¿No se ha fijado usted?

—Pues sí que es verdad—exclamó Tom asombrado—. Apresúrate, muchacho, que el tren, si no ha llegado, está a punto de llegar.

Pero por mucha prisa que se dieron, el tren hacía rato que había llegado y Virginia y tía Gloria, con las maletas en el andén, esperaban que fuesen a recibirlas.

—¡Oh! Esta será la última vez que me tomo un baño turco en semejantes condiciones. Pero, ¿has visto tú qué sol?—murmuraba la

tía Gloria, malhumorada—. Pero, ¿dónde están esos vaqueros tan poco galantes?

—¡Calla, por Dios, tía! No seas impaciente, que no tardarán en venir.

Apenas concluyó de decir estas palabras cuando vió llegar a Tom a galope tendido.

—¿Son esos?—preguntóle su tía.

—Creo que sí.

—Pero, ¿tú no los conoces?

—A Tom, quizá. Pero, no sé... ¡era yo tan niña!

Pero Tom, a quien las facciones de la niña no se le habían despintado, se acercó a ellas, las llamó por su nombre, y entonces Virginia, llena de júbilo, exclamó:

—¡Pero si es Tom, tía! ¡Tom Felan, el amigo de mi infancia! ¡Chico, qué te había de reconocer, si estás hecho todo un vaquero!

—Pues yo a ti, te reconocí apenas te hube visto. Eres la misma, Virginea; la misma tu cara, aunque más bonita, hecha una verdadera mujer.

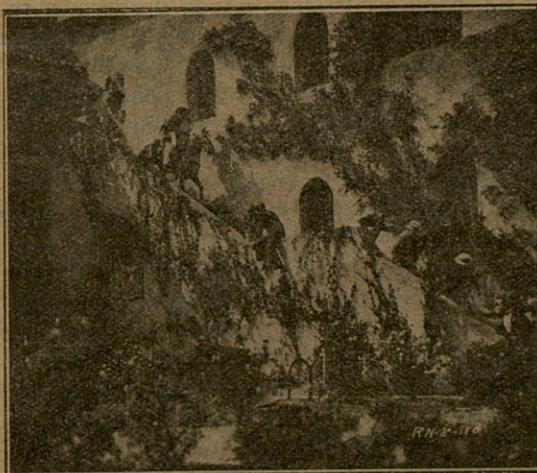
—¿De manera que me has conocido en seguida?

—En seguida.

—Pues, eres buen fisionomista, porque, cuidado que he cambiado...

—No lo creas. Has crecido, la naturaleza te ha vestido con sus galas admirables, y ahora...

—Y ahora, ¿qué?...



Llegaron a la hacienda...

—¡Cuántos novios debes tener! ¿Verdad, chiquita?

Rió Virginia con entera satisfacción, como pocas veces había reido. Las frases de Tom, que jamás hubiera creído oír en un hombre de Arizona, eran galantes y sin duda alguna sinceras, y tal galantería y sinceridad unidas, despertaron su cantarina alegría.

Llegaron poco después a la hacienda y aunque tía Gloria le aconsejó que descansara, Virginia, no haciendo caso de las palabras de

su tía, salió a corretear por la pradera, a recordar aquellos tiempos lejanos, a respirar a pulmón pleno el aroma de los campos.

Tom le acompañaba. La enseñó las cuadras, los caballos, todo. La ilusión de su juventud volvía a llenarle por completo. El era "El gato salvaje", el mejor caballista del Estado, y ella su reina, la pequeña reina objeto de sus hazañas.

Paseando, él le recordaba hechos, le daba referencias, acicateándole la memoria, y ella comenzaba a recordar, a vivir nuevamente los días de su niñez, y ante un olmo centenario, ante la perspectiva de una montaña que se divisaba en lontananza, brotaban de su memoria recuerdos adormecidos.

—¿Recuerdas? —le decía él, mirándola con cariño—. Aquí, una vez...

Y ella, sonriente, feliz, contestaba gozosa, palmoteando:

—Recuerdo, Tom, recuerdo. Aquí, una vez, me salvaste la vida.

Y después, tras una ligera pausa, le preguntaba:

—¿Eres aún tan valiente? ¿Continúas siendo tan buen jinete? ¡Oh, de esto sí que me acuerdo!

Tom la miró a los ojos, rió con su franca sonrisa, con aquella sonrisa que emiten los hombres que están seguros de su valor, pero que por modestia lo callan y, eludiendo la res-

puesta a la primera de las preguntas, contestó a la segunda:

—Sí, continúo siendo buen jinete.

—¿Montas con la misma destreza sobre dos caballos?

—¿Quieres verlo?

Y, dispuesto a probarle que su habilidad, en vez de disminuir había aumentado, se iba a la cuadra decidido, tomaba los dos caballos más briosos y salía a galope tendido, evolucionando ante los ojos atónitos de Virginia.

Pero si la muchacha se hallaba satisfechísima de los agrestes parajes de Arizona, no le sucedía lo propio a su tía.

Doña Gloria echaba a faltar las comodidades de la población y aquello le aburría soberanamente. Aquellos hombres eran muy poco educados, demasiado franceses. Y después, siempre el campo, ni una distracción, ni un aliciente. ¡Vaya con las distracciones del Arizona!

## III

Una semana más tarde, Tom anhelaba que Roy no enviase nunca por su hermana. Como cuando niño, se le había metido en el corazón, y todos sus deseos eran poder adivinarle sus menores caprichos para que los satisfiera sin exponerlos.

—Créeme, Tom, que no esperaba encontrarte tan guapo—le decía ella con cierta malicia.

—Yo sí que no supuse pudieras ser tan bonita. Eres bonita, mucho más bonita que las admirables florecillas que crecen en la pradera. ¡Los novios que debes tener en Santa Bárbara!

—No lo creas.

—Pero, si es imposible que los hombres no se vuelvan locos por ti.

—¡Oh, es que yo soy muy formalita, Tom!

—Pero, ¿tienes novio, verdad?

—Novio, te aseguro que no. Uno hay que está empeñado en casarse conmigo, pero,

chico, créeme, no me gusta. A tía Gloria le encanta el muchacho.

—¡Tía Gloria! ¡Ser más antipático!—solía decirse Tom—. Y de qué buena gana le hubiese dado pasaporte para Santa Bárbara. ¡Pero si no había nada que le gustase! A ella, que no le dijeran que aquello era interesante. ¡Aquellos, para los vaqueros!

En vano Virginia trataba de convencerla de la grandeza de aquellos campos. ¡Tenía unas ganas de marcharse!

Y, sin embargo, la sobrina estaba a sus anchas. Montaba a caballo como un vaquero, vivía una vida exenta de preocupaciones. Se divertía de lo lindo. ¿Qué podía importarle Santa Bárbara y Walter?

En el rancho poseía Tom un caballo que era una maravilla, pero tan díscolo y salvaje, que apenas si se dejaba montar. La ilusión de Virginia era cabalgar en él, y así se lo expuso a Tom:

—¡No puedes imaginarte el deseo que tengo de montar a “Buzzard”!

—Imposible, chiquita. Es peligrosísimo.

—¿Tú crees que me arrojaría de la silla?  
—Con toda seguridad.

—Pues, chico, es toda mi ilusión. Déjame que pruebe.

—No lo hagas, Virginia. Podrías hacerte daño.

—Aprecias en muy poco mi habilidad—le

manifestó, ofendida —. Te advierto que he montado los peores caballos en el Parque Central.

—No, si ya sé que eres buen jinete, pero...

—No hay pero que valga, Tom. Lo que sucede es que no quieras dejarme satisfacer ese deseo.

Tom dudo un momento; después sonrió levemente y dijo:

—Puesto que lo quieras, sea, pero agárrate fuerte—. Y, yéndose hacia la cuadra, ordenó sin que ella lo oyese:

—Ensíllen el abuelo de “Buzzard”. Se parecen tanto, que no notará la diferencia.

Pero a Virginia no le satisfizo el cambio y, malhumorada por lo que creyó chanza, se apeó del noble animal y, dirigiéndose a Tom, exclamó con acento de reproch.:

—Supongo que le habrá satisfecho tan estupenda broma, señor Felan.

—Virginia, te aseguro que no ha habido en mí intención de molestarte. Temo que pueda ocurrirte algo, y por eso he dicho que cambiaran el caballo.

—No trate de disculparse, es inútil. Montaré ese caballo antes de irme del rancho.

Y sin otra explicación, le volvió la espalda.

—¡Ay, patrón!—le dijo a Tom uno de sus hombres—. ¿No le parece más difícil la doma de mujeres que la de potros?

Pero el muchacho no se hallaba para escu-

char frases semejantes y, cariacontecido, molestado por las frases de Virginia, se fué a sus habitaciones.

La tía de Virginia, en sus deseos de marcharse de allí, no trataba con gran benevolencia al propietario del rancho. Ella lo defendía con tesón y cuando doña Gloria le decía:

—Me parece que te interesas mucho por ese domador de potros—respondíale con sonrisa de satisfacción:

—¿Es que acaso no es interesante?

—¿Quién, ese hombre?—preguntaba la tía.

—¡Claro!

—¡Uf, qué horror! A mí no me gusta nada.

—Pues, a mí, mucho.

—¿Te has enamorado de él?

—¡Tanto como eso!... De todas maneras, voy a decirte que aprecio más su ruda sinceridad que todas las hipócritas finezas del gran Walter.

—¡Chiquita, chiquita! ¡Tú estás delirando!

—No deliro, tía. Te hablo muy en serio.

—Pero, ¿es que no piensas casarte con ese muchacho a tu regreso?

—Me hallo muy lejos de suponer semejante cosa.

—¿Es que no te gusta Walter?

—No podría decírtelo; pero le encuentro algo que se aleja mucho de ser sincero.

—Pues él te ama, te lo aseguro. No ad-

vertiste lo triste que se quedó a nuestra partida?

Todos los días hablaban de lo mismo. A tía Gloria le había caído en gracia Walter, y a Virginia le iba interesando cada vez más la rudeza simpática de Felan.

La muchacha, como había dicho muy bien su hermano, era testaruda y se había empeñado en montar a "Buzzard" sucediera lo que sucediese. Tom no se atrevió a negarse otra vez, y le hizo preparar el caballo temiendo por ella.

Le aconsejó, le explicó los resabios del animal, pero ella apenas si le hizo caso. Y cuando la vió en la silla, cuando "Buzzard" comenzó a dar botes, a temblar a diestro y siniestro, tembló intensamente.

"Buzzard" en un momento, salió disparado, sin que las débiles manos de la joven pudieran sujetarle y a punto estuvo de atropellar a doña Gloria, que, asustada, clamaba por su sobrina.

Virginia se sostenía en la silla, pero, de pronto, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, "Buzzard" saltó de costado, agachó la cabeza y la muchacha salió despedida con violencia.

Corrió Tom presuroso a su lado y la halló desvanecida. El golpe había sido violento,

pero no peligroso. Virginia abrió los ojos y al ver junto a sí a Tom exclamó:

—He sido una atolondrada. ¿Me perdonas?

—Lo principal es que no te hayas hecho daño.

Pero doña Gloria no se conformaba, y en cuanto llegó, riñó a Tom, ofendida:

—Usted tiene la culpa, usted. ¿Cómo se ha atrevido a permitir que mi sobrina montase ese caballo, que por poco hasta a mí me mata?

—No es culpa de él, tía.

—¿De quién es, pues?

—Mía.

—Sí, sí, discúlpale. Mañana mismo nos marchamos de este establo, aunque para ello tenga que ir en lomos de una mula.

Y así fué. No fué posible convencer a doña Gloria y a la mañana siguiente todo se hallaba dispuesto para la partida.

Tom y Virginia hablaron mucho, mucho, y a la hora de la partida, ella le dijo a él, muy bajito:

—Te has portado maravillosamente, Tom... como en nuestra infancia. Y esta vez te prometo que te *escribiré todos los días*.

—¿Lo dices de veras?

—Te lo prometo.

—Pues yo también te contestaré todos los días.

La despedida de la tía no fué cordial, ni mucho menos, ya que sus últimas palabras fueron éstas:

—De todos los presuntuosos advenedizos que he conocido, usted es el peor.

—No le hagas caso, Tom.

—No me ofende, Virginia.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando tú quieras.

---

**PIDA** el nuevo CATALOGO de  
"BIBLIOTECA FILMS"  
que contiene entre otros éxitos  
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas  
colecciones de tarjetas postales. LOS DIEZ  
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS  
ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

---

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo  
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos  
para el certificado. Franqueo gratis.

IV

A pesar de la promesa, Tom no había recibido carta alguna. El rancho habíase quedado silencioso, muerto. No brotaba ya de labio alguno admirativas frases, ni en el espacio repercutía le cantarina risa de la bella Virginia. ¿Podía ser que se olvidara tan pronto de la promesa?

Semanas después, recibió Felan un telegrama de Roy, que decía así:

"Comprometido a jugar partido polo contra Van Acker el domingo, pero tengo jugadör enfermo. Ven tan rápidamente como puedas, o perderé sin remedio."

A Tom se le ensanchó el corazón. Aquello podía ser un medio para volver a verla. Y en un instante tomó la determinación. Llamó a su hombre de confianza y le dijo:

—Salimos inmediatamente para Santa Bárbara. Cúidate de embarcar a "Malacara".

Empaquetá mis mazos y dáselos a los muchachos.

—Pero, ¿tan pronto, patrón?

—¿Qué te importa? Haz lo que te digo, que corre prisa.

En Santa Bárbara, en casa de doña Gloria, las cosas no habían cambiado. Hablando con la hermana de Walker, le decía:

—Virginia se ha enamorado de ese vaquero; pero yo me he dado cuenta y he interceptado todas sus cartas.

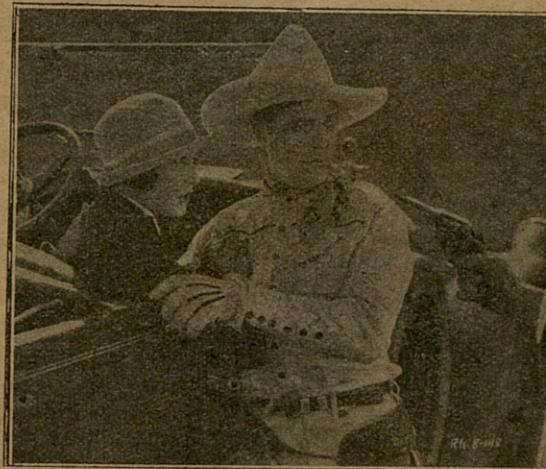
Walter terció:

—Pero, ¿es verdad eso, doña Gloria?

—Lo es. Su aire romántico la atrae; pero en el juego de mañana, será usted el vencedor, y allí podrá demostrarle su superioridad. Si gana usted, le tendré preparado el dinero de las acciones.

Pero para ganar, ya tenía dadas las órdenes, el malvado Walter. Tenía que eliminar a Tom Felan y por unas pesetas se encargaron sus secuaces de impedir su llegada.

Al día siguiente, una hora antes del partido, no había aparecido el bravo muchacho. En el campo, todo se hallaba preparado. Saliieron los equipos, y Roy, descorazonado, no sabía a qué achacar la ausencia de Tom. ¡Si hubiera podido sospechar que Walter había conseguido secuestrar a "Malacara"! Para el malvado, la victoria era segura. Teniendo eliminado a Felan, ¡qué cosa más fácil!



Teniendo eliminado a Felan...

—Ya es hora, caballeros; no podemos esperar a Felan.

Y comenzó el partido que había de darle la victoria. Roy llevaba la peor parte y doña Gloria no cesaba de preguntar a Virginia:

—¿Dónde está nuestro conocido de Arizona?

Pero no contaban con la huéspeda, y la huéspeda era Tom, que, habiendo conseguido burlar a sus enemigos, llegaba al campo a todo galope.

Cuando hizo irrupción en el campo, fué acogido con una salva de aplausos atronadora.

—¡Tom Felan!... ¡Tom Felan!...— exclamaron los de Roy—. ¡Aquí está nuestra victoria!

Y Tom, poniéndose en el sitio que le tenían reservado, dió impulso al juego, vigorizó el espíritu de los suyos, que ante el refuerzo no esperado, se dieron a la carga, consiguiendo marcar en los primeros instantes.

—Nos quedan cuatro minutos para ganar —le dijo Roy acercándosele—. ¿Qué te ha pasado?

—Ya te explicaré. ¿Vamos a ganar?

—Vamos.

Y, arrolladores en su impulso, montados magníficamente y jinetes maravillosos, consiguieron envolver a sus enemigos, que desde que vieron entrar a Tom, no daban pelota.

Virginia se hallaba tan emocionada, que aplaudía, llena de frenesí al valiente muchacho.

La hermana de Walter, viendo mal parado el asunto, se sintió enferma y le rogó a Virginia que le acompañase a su casa.

En tanto, los de Roy se hallaban cada vez más dominantes y próximos a marcar. Walter no desperdiciaba ocasión de hacer suciedades, y el público le abucheó.

—¡Fijense en ese miserable mequetrefe có-

mo le coge del brazo a Tom Felan! ¡Eh, a la calle! ¡Fuera!

El árbitro tomó cartas en el asunto y le amonestó severamente:

—La próxima vez que cometá tal falta de caballerosidad, no le multaré, sino que le haré abandonar el campo, señor Van Acker.

Libre por un momento de las artimañas de Walter, Tom, secundado por Roy, se lanzó a fondo. El público se enardeció y lo animaba sin cesar y, en una arrancada prodigiosa, que nadie logró contener, Tom, solo, a galope tendido, con el brazo extendido, corrió la pelota hasta el campo contrario.

—¡Bravo!—exclamó el público puesto en pie—. Pasa la línea, Tom, que ya es tuyo.

—¡Arriba “El gato salvaje”!

Y “El gato salvaje”, lleno de bríos y de voluntad, ganó el partido.

Apenas terminado, Walter corrió a vestirse, y allí le entregaron la carta de su hermana, que le decía:

“He engañado a la muchacha y me ha traído a casa. Ella tiene el dinero de las acciones de su tía. Date prisa.”

Corrió el bandido, deseando no llegar tarde, pues no tenía tiempo que perder para aprovecharse del dinero de la incauta doña Gloria. Pero Tom tampoco se descuidaba. Le explicó a Roy todo lo sucedido, y éste le dijo que, después de lo observado durante el

partido, no podía ser obra si no de Walter, y ambos corrieron presurosos en su busca. Encontráronse con tía Gloria, y ésta les dió la noticia:

—Virginia se halla en casa de los Van Acker.

—¿Cómo ha sido eso?

—Ha ido acompañando a Elena, que se ha indisputado durante el partido.

—¿Y su dinero, tía?

—Se lo llevaron ellas.

—¡Canallas!

Se dieron tanta prisa, que aun encontraron a los farsantes en su casa, una casa alquilada para aparecer como personas pudientes. Al propio tiempo que ellos, dos detectives llamaban a la puerta.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó Tom.

—Somos agentes de la autoridad y buscamos a Walker Van Acken para encarcelarlo por estafa.

Roy y Tom se miraron y sonrieron.

—¡Qué pupila la de tía Gloria!

En el interior encontraron a Virginia, que les explicó cuanto había sucedido, y los detectives detuvieron a los dos hermanos. Walter se hallaba escondido en la bañera, y uno de ellos, con mucha corrección, le dijo:

—Perdónenos que lo saquemos del baño, señor... pero lo necesitamos por lo menos por diez años.



¿Cómo no había de querer?...

Virginia no salía de su asombro.

Tom les refirió todas las peripecias que había pasado antes de poder llegar al campo, y Roy les contó a grandes rasgos lo que había jugado Felan y que, gracias a su oportunua llegada y a su saber, habían obtenido el triunfo.

A tía Gloria ya no le pareció el domador de caballos tan rudo como lo viera en Arizona. ¡Si hasta llegó a parecerle guapo!

Tom se despidió; tenía que partir a su

casa, donde era necesaria su presencia; pero Virginia se opuso.

—¿Te ibas a ir así, tan de repente?

—¿Para qué sirvo yo aquí?

—Tom, no seas malo. A ti te queremos todos y todos te estamos muy reconocidos.

—Agradezco vuestra cariño; pero, repito: ¿qué hago yo aquí? Estoy descentrado, no sirvo para vivir en este ambiente...

—Pero, ¿de veras quieres irte?

—Naturalmente, y, si no te opones, te me llevo conmigo. ¿Quieres?

Virginia se ruborizó... ¿Cómo no había de querer, si lo había querido desde pequeña?

—Pues, ya puedes preparar el equipaje, porque esta vez no me atrevo a arriesgarme a que no me escribas.

Se abrazaron, se miraron a los ojos y se unieron para siempre en las delicias de un beso.

—Me has ganado, Tom.

—Tú eres mi mayor victoria.

Y desde entonces unieron sus destinos en el amplio Arizona.

FIN



**SOLAMENTE**  
en  
**BIBLIOTECA**  
**FILMS**

encontrará  
sus  
creaciones  
inmortales

**EL SIGNO DEL ZORRO**

(4.<sup>a</sup> edición) 50 cts.

**DON Q. HIJO DEL ZORRO**

(5.<sup>a</sup> edición) 50 cts.

**EL G A U C H O**

(5.<sup>a</sup> edición) 50 cts.

**EL PIRATA NEGRO**

(5.<sup>a</sup> edición) 25 cts.

**LA FIERECILLA DOMADA**

**UNA peseta**

Pedidos a

Biblioteca Films · Apartado 707-Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

8.18.2-6/8

5

## **Han sido los éxitos de la Cinematografía**

**EL DESFILE DEL AMOR (4.ª edición)**

**BEN - HUR (3.ª edición)**

**LOS NIBELUNGOS (2.ª edic. agotada)**

**EL SIGNO DEL ZORRO (4.ª edición,**

**LOS DOS PILLETES (3.ª edición)**

**Y TODOS HAN SIDO EDITADOS POR**

**BIBLIOTECA FILMS  
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)**

---

Pida hoy mismo el Catálogo General que se remite gratis a  
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo  
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos  
timos para el certificado. Franqueo gratis.

SOLAMENTE  
**BIBLIOTECA FILMS**  
puede ostentar el  
Título de la supremacía

LEER LOS GRANDES EXITOS DE ESTA TEMPORADA

Tomos a 50 céntimos

LA MARCHA NUPCIAL . . . . .	Eric Von Stroheim
CARAS OLVIDADAS . . . . .	Clive Brook
CZAREVICH . . . . .	Ivan Petrovich
VENGANZA . . . . .	Dolores del Río
VENUS . . . . .	Constance Talmadge
EL RESCATE . . . . .	Ronald Colman
ADORACIÓN . . . . .	Billie Dove
LAS CUATRO PLUMAS . . . . .	Richard Arlen
REDENCIÓN . . . . .	Corine Griffith
EL DRAMA DE MONT CERVIN . . . . .	Marcela Albani
LA MUJER DE MOSCOU . . . . .	Pola Negri
NO MENTIRAS . . . . .	Lili Damita

Pedidos a

Biblioteca Films Apartado 707 Barcelona  
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cincuenta  
céntimos para el certificado